

sin que se dé cuenta de las consecuencias funestas de esta doctrina. Dice que la historia de la humanidad es parte de la historia natural, puesto que los hombres han sido en todas partes lo que han debido ser según sus instintos y sus facultades, según los tiempos y lugares. Herder deduce de aquí que todo lo que en circunstancias dadas pueda suceder, sucede realmente, lo cual en otros términos quiere decir que todo lo que sucede, sucede necesariamente. Nuestro filósofo aplica su máxima á todos los pueblos de la antigüedad: los egipcios eran un producto de su suelo; los griegos fueron en cada edad de su vida lo que podían ser, ya bueno, ya malo; la necesidad, la naturaleza y la casualidad hicieron de los Fenicios un pueblo comerciante; el despotismo del Asia era igualmente natural, igualmente fatal (1). Esto es llevar hasta el absurdo la idea de Montesquieu sobre la influencia del clima. ¿Cómo no ha visto Herder que, continuando las mismas las causas exteriores, no cambiando la naturaleza, los Egipcios deberían ser hoy todavía lo que eran cuando construyeron las pirámides? ¿Cómo es que ya no hay Fenicios, subsistiendo sin embargo las circunstancias físicas que desarrollaron su genio comercial? ¿Ha cambiado el cielo de la Grecia? ¿Por qué pues no hay ya Sócrates ni Platones en Atenas?

Una cosa es evidente y es que en el pensamiento de Herder no puede haber progreso para los pueblos, ni para las razas; el resultado á que llega por consiguiente es la inmovilidad de la humanidad (2). Los negros son un producto natural del Africa, lo mismo que los leones que habitan sus desiertos. Si es así, los negros seguirán siendo eternamente lo que son, á ménos que una revolución de la naturaleza cambie la constitución del Africa. Los Mongoles serán siempre Mongoles, aún cuando estuviesen sometidos durante siglos á la influencia de una educación que procurase transformarlos. ¿A qué se reduce, en esta inmovilidad de las razas, la perfectibilidad de los individuos? Los hombres se desarrollan, se perfeccionan, pero en límites muy reducidos, puesto que no

(1) *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, XIII, VII.

(2) *Ideen*, VI, 4; XI, 1, 5; IX, 1.

pueden eludir la acción de la naturaleza. ¿Qué importa? dice Herder. Un japonés es civilizado á su manera, y vale tanto como nuestros europeos, aunque ignora la causa de los eclipses del sol; si tiene creencias supersticiosas, nosotros tenemos las nuestras, y bien considerado, quedamos en paz. Los salvajes mismos no deben ser desdeñados; los compadecemos, engreídos con nuestra civilización; pero, si el Estado nos proporciona ventajas de que ellos carecen, ¿no nos impone en revancha cadenas á que ellos no están sujetos? ¿no son libres al paso que nosotros somos esclavos?

¿Cuál es la consecuencia lógica de esta doctrina? Que los salvajes hacen bien en seguir siendo salvajes, y que los Chinos y los Japoneses serían unos locos si quisieran dejar de ser Chinos y Japoneses. ¿No se ha preguntado Herder por qué mezcla Dios los pueblos por medio de la guerra, del comercio, y de las necesidades todas de la vida? ¿No será para que unos sirvan de maestros á otros y para que la humanidad entera saque partido de los trabajos del espíritu humano? Por lo tanto, ¿no habrá una educación general, bajo la mano de Dios, á la que todos los pueblos concurren, lo mismo que todos los individuos, y no habrá, por consiguiente, una misión, un fin, un ideal? Herder no encuentra más que un medio de evitar esta consecuencia, y es desterrar á Dios de la historia. No porque niegue á Dios, y admitiendo su existencia, preciso es creer también que influye sobre el mundo. Pero esta influencia se ejerce mediante las leyes generales que ha dado á la naturaleza, lo cual equivale casi á decir que Dios y la naturaleza se confunden (1). Herder no quiere de ningún modo que la historia investigue las causas providenciales de los acontecimientos. La historia es la ciencia de los hechos; consignémoslos, descubramos las causas humanas que los han producido, pero no vayamos más allá. ¿Por qué la Grecia brilla por sus artes y su filosofía en medio de las naciones antiguas? Los Griegos fueron Griegos porque en las circunstancias en que vivieron no podían ser más que Griegos. ¿Por qué emprendió Alejandro la guerra de

(1) HERDER, *Ideen*, XV, 5.

Oriente? Porque era hijo de Filipo, hijo de su tiempo y de su nacion, y no tenía nada mejor que hacer que conquistar el Asia.

Nosotros no negamos las causas naturales. En la historia una parte corresponde al hombre y Herder hace bien en ponerla en evidencia. Pero ¿no hay otra parte que corresponde á Dios? ¿No hay un gobierno providencial? Es tan cierto que la accion del hombre no basta para explicar por sí sola los acontecimientos históricos, que, si se destierra á Dios de la historia, hay que reemplazarle con la casualidad. ¡No adelantamos mucho con esto! Los Bárbaros son el elemento esencial de la civilizacion moderna. ¿Quién los ha llamado? Si no es Dios, será la casualidad. La filosofía griega ha sido una preparacion para el cristianismo; Alejandro es, en cierto sentido, el precursor de Cristo, porque sus conquistas le han abierto el camino. El hecho es cierto. ¿Por qué no hemos de ver en él la mano de Dios? Es verdad que hay un escollo en la doctrina del gobierno providencial, y es que puede convertirse en una especie de fatalismo que lo considera todo como necesario, porque todo es obra de Dios. Pero el abuso que se haga de Dios nada prueba contra Dios. ¿Se destruye la libertad humana porque Dios inspire al hombre y le guie? La libre actividad de los pueblos subsiste igualmente, aun cuando Dios mismo dirija su educacion. Alejandro será juzgado como hombre, responderá de sus malas pasiones, y será tambien glorificado como hombre. Si Dios ha hecho servir sus conquistas para un fin desconocido por el héroe griego, esto no excusará sus errores, ni será para él un título de gloria.

La libertad humana coexiste, pues, con el gobierno providencial. Poco importa que nosotros no podamos explicar cómo la accion de Dios deja subsistir la libre actividad del hombre; basta que nosotros nos sintamos libres, y que sintamos tambien la mano de Dios que nos conduce, para que debamos admitir ambos hechos. ¿Y qué se gana en resúmen con separar á Dios de la historia? ¿Dejará el acaso más libertad al hombre? No hay espectáculo más triste que el de la vida de la humanidad, cuando no se ve en su destino más que la obra del acaso. En efecto, el acaso no es más que la confesion de nuestra ignorancia, y ¿qué queda si se renuncia á

la idea de un gobierno providencial? La fuerza, nada más que la fuerza. ¡Es preciso confesar que éste es un medio muy singular de asegurar la libertad humana! Herder reconoce y declara que la fuerza rige exclusivamente al mundo. ¿Quién ha fundado los Estados? La fuerza. ¿Quién ha sometido el mundo á Roma? La fuerza. Buscamos el derecho, y encontramos la guerra y la conquista. En vano se dice que el consentimiento tácito de los pueblos conquistados legitima la obra de la fuerza. ¿Qué es, en efecto, ese pretendido consentimiento, sino un nuevo efecto de la fuerza? El más fuerte toma lo que le conviene, y el más débil sufre lo que no puede impedir (1). Es decir que la humanidad, desde que existe, es presa de la fuerza bruta! ¡En esas guerras seculares, que han devastado el mundo, y que han hecho correr mares de sangre, no hay nada más que destruccion y muerte! Si la historia no tiene que enseñar á los pueblos otra cosa sino que son juguetes del acaso y de la fuerza, vale más que guarde silencio; porque el espectáculo de la fuerza triunfante es propio para desesperar á los hombres, cuando no los desmoraliza.

¿Por qué Herder no ha aceptado la idea de Lessing? Si la religion es una educacion de la humanidad, es necesario un educador, y ¿quién puede ser el educador de los pueblos sino Dios? La educacion supone un fin, un ideal. Este ideal existe para el individuo, consiste en el desarrollo armónico de todas sus facultades. El individuo aislado no podria desempeñar esta mision; de aquí la necesidad de las sociedades civiles. Esto implica que las naciones tienen tambien su mision en el desenvolvimiento de la individualidad humana, porque la vida del individuo está determinada por el medio en que nace, pero no dé una manera fatal y eterna; hay accion y reaccion de un pueblo á otro. Esto nos lleva á suponer un destino comun del género humano. Esto no impide la accion de las fuerzas individuales. La idea de un progreso general de la especie humana no destruye la individualidad, tan esencial para Herder. De la misma manera la idea de un gobierno providencial

(1) HERDER, *Ideen*, IX, 4.

no ataca en manera alguna nuestra libertad. Es una educacion que desarrolla nuestras facultades y no las destruye. Dejamos, pues, á salvo el derecho del individuo, dándole á la vez un poder inmenso por la confianza que tiene en el apoyo de Dios. Esto no es un nuevo fatalismo bajo el nombre de gobierno providencial, porque la accion de la Providencia, bien comprendida, es todo lo contrario del fatalismo: el hombre mismo hace su destino; lo hace bajo la mano de Dios, pero Dios no ayuda más que á los que se ayudan á sí mismos.

CAPITULO II.

LA INFALIBILIDAD Y LA INMUTABILIDAD DE LA IGLESIA.

§ I.—La infalibilidad.

I.

Hay completa oposicion de ideas y de sentimientos entre la filosofía y la Iglesia. El dogma del progreso, que inspira á los filósofos implica que la humanidad es imperfecta pero perfectible, lo cual supone que no posee nunca la verdad absoluta, aún cuando se aproxima incesantemente á ella. La Iglesia, por el contrario, enseña que hay una verdad comunicada por Dios, de la cual ella es depositaria. Jesucristo, al revelar la ley de la vida, ha fundado al mismo tiempo una Iglesia para mantenerla en su pureza, para explicarla, para desarrollarla. Cuando la Iglesia resuelve sobre una cuestion de religion ó de moral, es infalible, así lo dice el *Catechismo romano* (1), y Bellarmino añade que lo mismo sucede en las demas cosas, aún en las que no están prescritas en la Sagrada Escritura (2). Es imposible que la verdad absoluta cambie ni en un ápice; el progreso aplicado á la verdad revelada es un sacrilegio, porque sería tanto como decir que Dios es imperfecto. Por consiguiente, la consecuencia de la revelacion y de la infalibilidad de la Iglesia es la inmutabilidad de la religion y de la moral. En la doc-

(1) *Catechismus Romanus*, I, 10, 18; «*Ecclesia errare non potest in fidei ac morum disciplina tradenda.*»

(2) BELLARMINUS, *De Ecclesia milit.*, cap. XIV.